

Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehri*, como el *Gafekwi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narracion.

CAPITULO XI

Abderrahman II y Mohammed I en Córdoba: Ramiro I y Ordoño I en Oviedo

DE 822 A 866

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision extraña de su tío Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revueltas en la Marca de Gothia.—Cárlos el Calvo.—Ramiro I de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba.—Martirios. Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson.—Concilios en Córdoba. Apostasías.—Reinado de Ordoño I en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsun.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis días, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica árabe, cumplía el hijo de Alhakem el día mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color triguño y bien dispuesta barba, que se teñia con alheña. Apellidábase ya *Amudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenia además excelente ingenio y admirable erudicion, y hacia elegantes versos. Gustábase la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Omniada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en Africa, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, lejos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones, acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando este, despues de algunos combates, le tenia cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un jueves, víspera del día festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendicion de Allah partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad.» El viernes, con-

(1) La fórmula *si Dios quiere* que usa todavía en España comunmente el pueblo, estaba expresamente prescrita para los mahometanos en el Koran. Dícese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «Mañana os la contaré,» olvidándose de añadir: «Si así lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Koran: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: *si Dios quiere*.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere,» *En seha Allah,*

gregadas sus tropas delante de la mezquita de Bad Tadmír ó puerta de Murcia, dirigióles otra breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «¡Dios mio! exclamó, si tengo razon y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho es mas fundado que el de su tío, bendicele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.»—«Así sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, extraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos días desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al día siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos, que iban á hacer su sumision al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmír, donde murió dos años despues.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo, pues, las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cereca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacian, y apeló á un juicio de Dios, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pié. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte; pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábigas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dúdase, no obstante, que llegaran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazali, marino de gran mérito, tambien con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros, que miraban, como hemos dicho, con mas antipatia á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los

puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenaicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la peticion, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido orden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron tambien á Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecia estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Cárlo-Magno al cabo de cereca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos cómo lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio) experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuidos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los walis de la frontera (dicen las historias arábes) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel manzana en los angostos valles de los montes de Albortah.... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagajes y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra; pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitianos otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo, dice, mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del río de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenía con los sabios y buenos ingenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre Abdalá Aben Xamri y Yahia ben Hakem, el Gazali, y como este sabio habia estado entre los cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hagib al wali de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al *seahtrang* ó ajedrez, que era uno de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competía con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus es-

clavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.

«Cuentan Ibrahim el Catib y otros, que un día regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos vazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real y podian servir en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbró el brillo del collar y la estimacion y imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas piedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebatada y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oídos, y no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar habia tenido con los vazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Gualiah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los mios,» y mandó darle una *bídra* ó bolsa de diez mil adharames que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenia que pedir. Los impuestos se habian aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se habia extendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolucion. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situacion de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazon de la España árabe, escribiendo á los meridianos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aquí las frases mas notables de este extraño documento imperial:

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo: Luis, por ordenacion de la divina Providencia emperador augusto, á todos los primados, y á todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulacion y de las vejaciones que sufris de parte de nuestro rey Abderrahman, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacia su padre Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debiais pagar, convirtiendo así á los amigos en enemigos, á los servidores leales en rebeldes... Pero sabemos que vosotros, como hombres de corazon, habeis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y á resistir con fortaleza, como hasta aquí habeis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intencion es en el próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército á nuestra Marca, y tenerle allí á vuestra disposicion. Si Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos á sí, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si quereis separaros de Abderrahman y venirnos á nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad íntegra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegireis la ley bajo la cual querais vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.» Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su Sinopsis histórica de España, tom. IV, pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos despues.